

Tiempo de juguetes, historia de ritos fallidos

Pablo Cottet

Hay dos representaciones tan insistentes como enigmáticas. Una corresponde a la representación de la Historia como saber del pasado. La otra a la representación de memoria como recuerdo. Es posible reconocer no poca escritura contra la insistencia de tales representaciones, y sin embargo insisten.

A propósito de esta doble insistencia, lo que se dice en Chile durante la última década pueden seguirse las trayectorias de dos campos discursivos también insistentes en la conversación pública: establecer la “verdad histórica” que de cuenta de la dictadura y sus atrocidades, y “recuperar la memoria”. Quizás inquiriendo con algunas notas ambas cuestiones, sea posible asomarse algo sobre la doble insistencia señalada. Digo “quizás”, el destino de esta escritura es incierto.

Las notas, que permitirían zarpar hacia los espinudos asuntos, refieren a un tratamiento dual del tiempo y otro al tratamiento virtual de la memoria.

Tempo: tirón entre chrónos y aión

Lo que nos interesa no sería tanto que en el curso de una tradición todavía persistente se haya identificado aión con la eternidad y chrónos con el tiempo diacrónico, sino más bien el hecho de que nuestra cultura contenga desde su origen una escisión entre dos nociones diferentes de tiempo, correlativas y opuestas (G. Agamben).

El origen de “nuestra cultura” refiere a la escritura griega, con la que se marca la llamada antigüedad clásica occidental. Desde allí el tiempo aparece tejido por dos tramas. Aión como fuerza vital que abre paso a la temporalidad, como dynamis temporalizante, como acceso a la presencia en cuanto ésta tiene una duración. Chrónos la temporalidad en paso, lo temporalizado, la medida de la duración. El pasar que está pasando, eternamente, sincrónicamente, y su huella, o mejor, su sombra esa que vemos pasar momentáneamente, diacrónicamente.

Hay que ver como la voz y el texto de “nuestra cultura” han tenido que vérselas con memorables oposiciones. Hay tanto escrito sobre el dualismo que habría que apurar el paso y señalar que la opción aquí asumida es la de una conflictividad productiva, no dialéctica, sin resolución de unidad en los contrarios, más bien

intersticial, lo intersticial abriendo y abierto. Lo que interesa aquí es afirmar la decisión de lo indecible, no lo que queda a los dos lados de una línea, del trazo, tratando de explicarse uno al otro como la charla eterna de los vecinos, sino, el trazado produciendo vecinos, el paso de esa charla.

Diacronía y sincronía, el paso de una a otra, el paso eterno y de ahora. La historia, ese paso, la voz y el texto de “nuestra cultura” lo que deja y va dejando la historia. ¿Cómo se pasa entre diacronía y sincronía? La respuesta seleccionada aquí, entre tantas que los vecinos de “nuestra cultura” se han dado en su charla, es la de la significación. Tirón, resonancia, acoplamiento aporético, incompleto como el deseo, de estructura y acontecimiento, de sincronía y diacronía por, y en, la significación.

La significación permitiría comprender la experiencia del tiempo, el tiempo vivido y viviente, contundente, impertérrito y fugaz. Ya que la separación de sincronía y diacronía, de estructura y acontecimiento, de durabilidad y duración, esta separación es una significación de la experiencia del tiempo que termina creando “dos nociones de tiempo diferentes, correlativas y opuestas”.

La significación sería aquella hendidura que acopla aporéticamente ambas nociones (correlativas y opuestas), es la diferencia que hace a dos nociones de tiempo ¿Por qué correlativas y opuestas? La significación, como la diferencia creadora de dos nociones correlativas y opuestas, en cuanto diferencia opera con la sustracción, con la resta. Cuyo residuo (resultado de la resta) activa el “corre-que-te-pillo” entre ambas, una trayectoria entre sí dibujada en la noción de 8 horizontal, un 8 que de galante simetría entre sus bóvedas, se desmaya dibujando el infinito.

El asunto del resto, puede ser traído así: sabemos de la experiencia del tiempo que hay *algo en todo ahora que no coincide* con lo que llamamos vivido. No podemos dar con ese todo ahora vivido, resta. Ese resto es el que se devuelve como diferencial que mueve al tópico: “es un hecho histórico”. La utopía de Funes puede entenderse así, todo lo vivido es calcado en lo que recuerda, vive dos veces el mismo tiempo, o quizás vive siempre en un tiempo en que diacronía y sincronía no dejan resto, en que no hay tiempo humano. Funes: la utopía del fin de la historia. ¿Por qué se le hace arrastrar el mote de “el memorioso”?

La significación hace que tiempo espacializado (decía Bergson) y tiempo durable (o “tiempo-ahora”, decía Benjamín), sea experiencia del tiempo, el tempo musical. Donde la trama temporalizante-temporalizada coincide como voz del texto y texto de la voz. Sin embargo, la resta, la sustracción hasta la siguiente experiencia musical. Esa resta, ese inalcanzable de la aporía que sostiene la hendidura, la significación como operación en, y de, la diferencia ha destilado precipitados de la inestabilidad que sostienen lo estable de toda aporía. Destilados que Giorgio Agamben ha podido comprender en los juguetes y los fantasmas. Aunque antes ha comprendido la historia, el tiempo humano, en ese diferencial entre diacronía y sincronía, ese resto entre el pasar y el pasado, cuyos modelos son las matrices de los juguetes y fantasmas: el juego y el rito.

Antes de pasar a esa creación de diferencial en sus operaciones destilatorias propias al juego y al rito, un paso al lado. Ese acoplamiento aporético entre estructura y acontecimiento, esa resonancia entre sincronía y diacronía, en lo que no es su

resto es actualización de una virtualidad. Entendida como constelación de tensiones, la virtualidad existe en la eternidad, una promesa de estabilidad que está siempre llegando desde la inestabilidad de la resonancia actualizada como tiempo en la experiencia musical, una experiencia del tiempo. Lo virtual existe lo actual llega, está llegando.

Si la luz es una formación virtual, su actualización como imagen encuentra coartadas ejercitadas en el dibujo, el color, la fotografía, el holograma, la digitalización. Todas dejan resto, como fronterizaciones actualizantes de la luz. El tiempo humano, la historia, podría encontrar sus actualizaciones fronterizantes en el rito y el juego, y ejercitarse como coartadas del tiempo, en los juguetes y fantasmas.

Juego y Rito: juguetes y fantasmas

Siguiéndole el paso a Agamben, el juego y el rito se han propuesto como dispositivos antropológicos que aseguran unas conversiones entre diacronía y sincronía. El juego convierte la sincronía en un máximo diacrónico, cuando jugamos “esta todo pasando”, puro acontecimiento, como en el país de los juguetes Fosforito le comentaba a Pinocho que las horas, los días, las semanas, meses y años eran lo mismo: un relámpago. El rito es un máquina inversa, convierte el “todo pasando” en el pasaje, el rito lleva a un máximo de sincronía la diacronía, digiere y metaboliza el acontecimiento por la estructura, no sin resto.

Toda formación social tiene su ecuación entre juegos y rituales, más aun se trata de una combinación continua lúdico-ritualizadora, cuyas dosis de cada combinante varía en cada acción y época, para esa formación social. Además, ninguno de los dos dispositivos logra lo de Funes. Ambos dispositivos dejan restos, que Agamben llama “significantes inestables”, y que posibilitan la insistencia y subsistencia del juego y del ritual. Estos “significantes inestables”, de los que juguetes y fantasmas son dos casos ejemplares, mantienen la significación en vilo, la inminencia y fluidez entre diacronía y sincronía.

Los juguetes provienen de las esferas sagradas y/o productivas atrapadas por la miniaturización, que “es la cifra de la historia” (p.104). Hay algo resistente en el juguete, eso que hace que un juguete no sea en el juego “ni un interlocutor, ni un rival”, ni un amigo. Algo, que allí -más allá de la agonía del entusiasmo- pervive incólume ajeno a su materialidad y forma, persiste en la incitación al juego como si fuese su potencia ineludible.

Los fantasmas son carne de ritos funerarios. “La *larva* de los latinos, el *eidolon* y el *phásma* de los griegos, el *pitr* de los hindúes” (p.119) corresponden al primer efecto de la muerte, efecto que deja entre los vivos al muerto, es un medio muerto que aun no es antepasado. La imagen sin soporte corporal que vive entre los vivos. Los ritos convierten a los fantasmas en antepasados, allí frente al pasado los difuntos son memoria, atmósfera de la historia. La diferencialidad entre diacronía y sincronía, la historia, expresa actualizaciones que llegan, que vienen llegando como el paso del sol por la atmósfera de la memoria.

Juguetes de victimización y fantasmas sin ritos

Parece no ser abusivo, ni descontextualizado, reconocer una fantasmática que impregna la conversación rotulada como “violaciones a los derechos humanos”. “No es en absoluto filosófico el asombro acerca de que las cosas que estamos viviendo sean ‘todavía’ posibles en el siglo veinte (ni veintiuno, habría que agregar). No está al comienzo de ningún conocimiento, a no ser de este: la representación de historia de la que precede no se mantiene.” (W. Benjamin)

¿Es esa la representación de historia de la que se habla con el slogan “recuperación histórica de la verdad”? ¿No es ese otro documento que jamás se da de cultura sin que lo sea a la vez de barbarie? ¿No se trata, acaso, de documentos fantasmáticos que impiden que los asesinados y torturados de Estado sean nuestros antepasados?

Si es esta la representación de la historia que buscan los documentos oficiales conocidos como “Informe Rettig”, “Mesa de Diálogo” e “Informe sobre prisión política y tortura”, no sólo nos recuerdan que “‘todavía’ en el siglo veinte”, y sólo nos recuerdan, sino además están en lugar de un rito fallido. Del barbecho documental de las larvas que tomadas por ese interrogante hoy oficializado por la Corte Suprema ¿Dónde están?

¿Dónde están? Pregunta el juez a los sospechosos de siempre, los que ‘todavía’. ¿Dónde están? Es la pregunta que atestigua la presencia del fantasma. Pero si como ritos fallan, estos documentos ¿Podrán ser pensados como juguetes? “Informe Rettig”, “Mesa de Diálogo” e “Informe sobre prisión política y tortura” ¿Se habrán convertido en aquellas máquinas que hacen del tiempo un rayo? ¿Qué operan devorando maquínicamente el resto, ese tiempo humano, ese diferencial que “salta del continuum de la historia”?

Juguetes de la victimización, que anularmente fijan víctimas y victimarios, no interlocutores, ni rivales, ni amigos. Ritos fallidos, devienen juguetes que atestiguan lo que resiste.

Por eso podría ser que pedir “ni perdón, ni olvido” sea tan inoficioso como pedir recuperar la memoria. Como pensar que responderán al Juez lo que no se contestó durante treinta y un años ¿Hay que recuperar las fotos de solapas familiares? La memoria no recuerda, envuelve atmosféricamente el soledad humano ante la historia, los recuerdos pueden por los antepasados, los antepasados no se recuerdan, están viniendo. Los fantasmas no se van, “todavía”.

Quizás sean tiempo de juegos. La miniaturización de aquello sagrado y/o productivo en los documentos oficiales señalados es lo que los convierte en juguetes. “El juguete es aquello que perteneció -una vez, y ya no más, diacrónica y sincrónicamente- a la esfera de lo sagrado o a la esfera práctico-económica.” Si es así, entonces “lo que el juguete conserva de su modelo sagrado o económico, lo que sobrevive tras el desmembramiento o la miniaturización, no es más que la temporalidad humana que estaba contenida en ellos, su pura esencia histórica.”

Si en aquellos juguetes lo retenido sobreviviente como resto sea la pura esencia histórica que no se recupera, sino en el juego, es jugando que se podría hacer saltar del continuum de la historia. Quizás sea ese un plausible sentido: entrar al juego,

no como el muerto que sigue jugando al póker documentalista, sino entrar a tomar tales juguetes, o incluir otros que averíen las posibilidades de hacerlos pasar por ritos funerarios.

Quizás sea tomando los juguetes por tales que podamos pasar de la infancia a la historia, realizar nosotros los vivos por nuestro rito de iniciación a la historia. Que si en la infancia los juguetes protegían de lo incierto, en lo cierto de la historia sepamos que prepararnos para la muerte sea la responsabilidad de hacer pasar a los muertos ante el pasado. Quizás para ello sea indispensable jugar en serio.

Quizás recuperar la memoria y la verdad histórica, mientras no juguemos en serio, sean de ese tiempo “homogéneo, infinito y cuantificado, que divide el presente en instantes sin extensión, que para los estoicos era el tiempo irreal, cuya experiencia ejemplar se da en la espera y la postergación. El sometimiento a ese tiempo inasible constituye la enfermedad fundamental”(Agamben) de Occidente.

Quizás jugar en serio, situarnos en que “está-todo-pasando”, nos desplace de la postergación y la espera de ritos fallidos. Mientras la respuesta al interrogante ¿Hasta cuando? Sea el ‘todavía’ benjaminiano.